

BIBLIOTECA ALFONSO
MARTINEZ CARRERAS

JOSÉ MASRIERA



PAISAJE

Carlos, con otros más, largos de enumerar, todos de nuestro Velázquez. En el último salón de los que nuevamente se deja visitar al público se ven, entre otros, los retratos de Carlos I de Inglaterra y la Reina Enriqueta, de Van Dick, y junto á ellos uno de Cromwell, obra de Rembrandt y que por coincidencia fué comprado por el infortunado Luis XVI, y el de Ana de Austria con sus dos hijos pequeños, Luis XIV y el Duque de Orleans, todo en perfecto estado de conservación. Son muchas las horas que es preciso pasar en Versailles para darse cuenta de lo que allí existe, haciéndonos pensar en las grandezas pasadas que ya no volverán. Cuando en el año próximo se realicen los proyectos de dar una representación en el gran patio de mármol, ¿cómo será posible la reproducción de las de 1668? A la luz eléctrica no podrá dársele el constante movimiento de las antiguas candelabras. ¿Quién representará á Molière y Luis XIV? ¿quién ocupará su lugar?; aquella corte ¿dónde irá á buscarse? No; hay cosas imposibles de reproducir; de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso y en ese va á caer la República. Dejen los recuerdos del pasado para ser admirados por los que llenos de ellos se extasián en su contemplación, y vivan las gentes del siglo xx ocupándose de los modernos pasatiempos, sin querer traer á nuestros días las pasadas épocas en que, si bien la gente se divertía, lo hacía con más sensatez que nosotros, sacando verdadero fruto de sus placeres (que no fueron pocos), pero con sentimientos más elevados, menos materiales y mezquinos de los que hoy envuelven la sociedad actual.

Tal vez, bien pensado, estos planes no se realicen, pues es verdaderamente ridículo que la República quiera retroceder á tiempos tan diferentes y que abrigue la idea de dar representaciones en Versailles, como en los de Luis XIV y de Molière; mas si así lo hiciera, no faltaría acaso quien apareciese en la escena con su gran peluca de cabellos castaños y tacones rojos en los diminutos zapatos de raso blanco, que siempre usó aquel Monarca.

Aquellos tiempos de regios esplendores no pueden ser reproducidos: todo pasa en la vida y tiene su límite; sólo los recuerdos deben ser cuidadosamente guardados para recreo del visitante que sepa apreciarlos y comprenderlos; por más que la generalidad visitan aquéllos y todos los museos, como si fueran bazares de lujo cuyos objetos no puede el público adquirir. Como prueba de ello, hemos de consignar que, en cierta ocasión, ante el modelo en pequeño que de la fragata «Formidable» se conserva en el Museo de Marina del Louvre, dorada, llena de lises, de coronas y de banderas blancas con todos los atributos reales, hubo quien exclamó: «he ahí una embarcación japonesa». Esta es la inteligencia de la mayoría de los que visitan museos y sitios llenos de recuerdos del pasado esplendor.

¡Que la República quiere reproducir á Luis el grande y á Molière,

que no lo fué menos! Dejémosles; las personas conocedoras de la historia y de los personajes que han de ser reproducidos, lo mirarán haciendo comparaciones filosóficas, porque, es indudable, los siglos, las costumbres, el carácter del tiempo, no es posible adaptarlo á la época actual, llena de otros ideales, de otros atractivos más frívolos aún que aquéllos tan censurados, pero de índole completamente distinta. Que la República siga su marcha, pero que no quiera traer á nuestros días lo incompatible, lo inverosímil, lo ridículo, representando en plena época de ideas disolventes la que fué respetuosa para todas las clases sociales y en la que cada cual ocupó su puesto sin salirse de la posición que por nacimiento ocupara; en la que el señor vestía de terciopelo y el respetuoso plebeyo de pana; época en la que por todos conceptos eran los pueblos más felices que en la que hoy atravesamos, viviendo en el siglo xx, en medio de una sociedad viciada que nos conduce continuamente á desastres sin límites.

CONDESA DE BLANCA LUNA

EL OBSTÁCULO

Lola, por Dios, antes de separarnos dame una palabra de esperanza siquiera.

—Me hace gracia tu amor, querido primo, un amor explosivo...

—No te burles, Lola; ya no somos aquellos niños que jugaban al amor, el juego de aquellos años pasó.

—Y pasará esta momentánea inclinación tuya, créelo, Enrique: á los tres días de estar en la Corte, rodeado de tus amigos y entregado al ejercicio de tu flamante profesión, me habrás olvidado.

—¿Ovidarme de tí? ¡Jamás, Lola!

—¡Jamás! ¡Y qué entonación! ¡Te crees lo menos haciendo el amor á tu prima en un escenario...!

—¡Igual sois todas, no tenéis corazón!

—O le tenemos y...

—Si, me dirías que estás enamorada de Salazar, ese novio insulso, impuesto por la familia hace tantos años...

—En cuanto á insulso... Y en cuanto á impuesto...

—¡Calla, calla, no hables más! pero te juro que...

—No te exaltes, Enrique, la cosa no lo merece.

—Tú qué sabes, Lola; te quiero tanto, tanto, que al ver perdidas todas mis esperanzas...



MAISON DORÉE—NUEVO CAFÉ RESTAURANT EN LA PLAZA DE CATALUÑA.—VISTA EXTERIOR.



MAISON DORÉE—NUEVO CAFÉ RESTAURANT EN LA PLAZA DE CATALUÑA.—COMEDOR PRINCIPAL.

Fotogs. de A. Mds.

—¿Qué es eso, lloras, Enrique?
—No, es el humo del tabaco, es el humo que al subir por el aire se lleva mi felicidad... Y aunque llorase, ¿qué? no me avergüenza.

Lola, la hermosa morena, quedó entonces pensativa, sin atreverse á levantar la vista repasaba el dibujo de la alfombra. Enrique la miraba trémulo, á través de sus lágrimas, temiendo que aquel silencio, que decidía su suerte, se interrumpiese.

El rodar de un coche al aproximarse hizo temblar la quinta, y el rumor de pasos y voces se escuchó distintamente en las habitaciones inmediatas.

—Por última vez, Lola, ¿me quieres?

Levantó los ojos, iba á hablar.

Entonces se alzó la cortina y los padres de Lola entraron apresuradamente.

—Pronto, Enrique, el coche acaba de llegar, y tienes el tiempo justo para tomar el tren.

Salieron de la estancia, bajó la escalera silenciosamente, abrumado por afectuosa despedida, y ya bajo la marquesina de la puerta, recibió el último golpe.

Salazar, el afortunado prometido, llegaba presuroso á despedirle.

Tendió la mano á todos, subió al carruaje, se miraron por última vez, y partió el coche.

Y hundido en el asiento dió rienda suelta al llanto que le ahogaba.

« Mi buen amigo Enrique: Cumpliendo gustoso tu ruego, y aprovechando el favorable concepto y amistad con que tus parientes me distinguen, he procurado sondear el ánimo de tu hermosa prima.

» No desesperes, ni vuelvas á escribirme cartas tan lúgubres.

» Lola, en el fondo, conserva hacia tí grato afecto, que bien pudiera convertirse, andando el tiempo, en cariño.

» No tengas celos de Salazar; aunque siga concurriendo á la quinta, lo hace en calidad de amigo, como yo, que acudimos á distraernos mutuamente en estas soledades.

» No te ocultaré que los padres de Lola vean con buenos ojos que Salazar le haga la corte. Soy sincero en mis observaciones y puedes contar con mi modesta ayuda... »

« Valor, querido Enrique, el golpe es rudo, y mi pena es grande al tomar la pluma. Lola y Salazar se aman. La perspicacia nuestra es bien corta, y con mucha facilidad nos engañamos. Hace dos meses, desde que no te escribo, las relaciones se han formalizado, y hace muchos años que ellos se querían. Ten fuerza de voluntad, olvídala, entrégate con

más alientos á la conquista de tu brillante porvenir y, seguramente, en tu camino hallarás otra mujer que te apasione, que te haga feliz... »

Las sombras de la noche envolvían la quinta. Majestuoso silencio descendía del cielo; en el cercano bosque callaban las hojas.

Dormía la tierra.

El misterioso encanto del silencio, fué turbado por otro encanto.

Las vibrantes notas de un piano se escucharon, y cuando Enrique se aproximó temblando hasta la verja de la quinta, escuchando el preludio de un vals elegante, adivinó á su adorada ante el piano y á Salazar junto á ella, mirándola apasionadamente.

Largo rato sonaron las melodiosas notas, una marcha triunfal, puso fin, una marcha amorosa, vibrante, amalgama sinfónica de valientes armonías.

Enrique, oculto en la sombra, quedó sumido en el majestuoso silencio, y allí, á través de los cristales de un balcón de la quinta, adivinó más que vió dos sombras juntas...

Se abrió la verja dando paso á un hombre. El obstáculo se aproximaba, bien pronto pasaría á su lado y con un simple movimiento, con un sencillo esfuerzo desaparecería y la dicha sería suya, suya y nó del que se la quería arrebatar, y todo á mansalva, huyendo luego sin dejar el menor rastro.

Faltaban sólo unos pasos, los últimos que daría el venturoso amante. Moriría feliz, recreándose aún con el aroma delicioso exhalado por ella, por la mujer amada.

Faltaban sólo tres pasos, dos; le separaban de él unos segundos solamente, más largos que una vida.

Salazar avanzaba tranquilo, confiado, abrochándose el gabán pausadamente. Dió el último paso, el último; podía, podía tocarle con la mano y sintió hasta el aliento de su boca. Entonces, volvió Salazar la cabeza. Era el postrer saludo que dirigía á ella... y ella entreabrió el balcón. Una rendija de luz clara cayó sobre el rostro del obstáculo.

Enrique levantó el brazo, y el rayo de luz seguía iluminando el tranquilo rostro de Salazar, donde se reflejaba la felicidad, la vida, el amor que á modo de aureola le transfiguraba...

El brazo de Enrique quedó en alto, quieto, paralizado, y Salazar, envuelto en ese nimbo santo, mandó un beso á su amada y avanzó sonriente, majestuoso, confiado, hasta perderse poco á poco como una sombra en las negruras del bosque...

José BRISSA